

ARTÍFICES 10

10

HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsa,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 10

10
HISTORIAS

ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS





Artesanías de Colombia desde hace 54 años ha buscado incrementar la participación de los artesanos en el sector productivo nacional para ello ha logrado un desarrollo integral que se refleja en un índice creciente de ingresos, una mayor productividad y un posicionamiento de la artesanía en los mercados locales, regionales, nacionales e internacionales.

Desde sus inicios la entidad se vinculó al propósito de comercializar artesanías colombianas, pero con el paso del tiempo se dio cuenta que para que estas ganaran visibilidad en el mercado era necesario un trabajo entre especialistas y artesanos en pro del mejoramiento de la calidad de los productos; para ello, realiza un trabajo desde múltiples perspectivas que incluyen el rescate y la preservación de los oficios y la tradición; así como, el desarrollo, el mercadeo y la comercialización de la artesanía.

Uno de estos especialistas es el diseñador que en el trabajo conjunto con el artesano buscan mejorar el proceso productivo. Los artesanos adquieren herramientas las cuales les sirven para la realización de sus piezas en miras a obtener un producto que sea competitivo en el mercado sin perder la tradición artesanal y que a su vez aporte a su desarrollo empresarial.

El diseñador busca que se mantengan los rasgos característicos y la identidad del producto, a la vez que exalta las técnicas artesanales, promueve el adecuado uso de materiales, a la vez que aplica los conceptos básicos de innovación de producto bajo la óptica de los modos de intervención en la artesanía que son: Creación, Diversificación, Mejoramiento, Rediseño y Rescate de la artesanía colombiana. Los dos ejemplares de la revista Artífices de 2018, este su número 10 y el próximo el número 11, son el producto de un trabajo con los especialistas en el área de diseño de Artesanías de Colombia. Los artesanos que aquí aparecen son considerados maestros en la medida han logrado establecer un diálogo con el diseño con el propósito aumentar la calidad de los productos a la vez que preserva el patrimonio cultural vivo en ellos.

En este ejemplar encontraremos historias como la de Jesús Manuel Meza, quien creció pensando que la artesanía en totumo era una entretención, hasta que unos talleres de innovación y diseño que tomó con Artesanías de Colombia le demostraron lo contrario; la del maestro Rodrigo Alegría a quien sólo su nombre hace que lo busquen clientes desde diferentes partes del país luego de haber ganado en 2014 la Medalla a la Maestría Artesanal; o la de Rosa de Cifuentes que este año recibió el sello de calidad "hecho a mano", otorgado a productos artesanales elaborados a mano que exaltan su cultura e identidad, lo que le dio un empujón para seguir adelante.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ
GERENTE GENERAL ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Mapa de Artesanías de Colombia

1. Rosiris Roquene	Antioquia / Caucasia	Cestería - Trenzado
2. Jesús Manuel Meza Viloria	Atlántico / Tubará	Trabajos en totumo
3. José Francisco Llano	Atlántico / Galapa	Marcara de barro
4. Rodrigo Alegría	Cauca / Popayán	Talla en madera
5. Rosa de Cifuentes	Cundinamarca / Fonquetá	Bordado
6. Luz María Rodríguez	Cundinamarca / Sutatausa	Tejido en dos agujas
7. Celvina Ramírez	Huila / Acevedo	Trenzado de Iraca
8. Celina Granados	Norte de Santander / Cúcota	Alfarería
9. Sara Vera	Norte de Santander / Mutiscua	Telar vertical
10. Duberly Galeano	Quindío / Salento	Trabajo en Guadua





1. CON EL OFICIO EN LA SANGRE

Cada vez que su mamá dejaba de tejer para dedicarse un rato a los oficios del hogar, **Rosiris Roquene** se sentaba y comenzaba a desenredar la fibra de la caña flecha. Dice que nadie le explicó y que aprendió viendo las manos de su madre, quien se sentaba todos los días a tejer durante horas en su casa en el corregimiento de El Pando, Antioquia, en la comunidad indígena zenú. Como sus padres no pudieron enviarla al colegio, Rosiris pasaba sus días trenzando la materia prima y separando las fibras blancas de las negras.

Su padre raspaba la palma mientras su madre se dedicaba al arduo proceso de blanquear la fibra. La negra tenía que sumergirla en un barro oscuro, preparado con hoja de plátano y de bijao, donde se cocinaba durante dos horas para luego lavarla y escurrirla. La fibra blanca la sumergía en agua de caña agria durante un día, luego la lavaba y la dejaba secar al sol durante cuatro o seis días.

Rosiris comenzó a los ocho años a trenzar la fibra y al poco tiempo arrancó a tejer mochilas, carteras, tapetes y sombreros, la pieza que más le gusta hacer. Aunque se tarda una semana en tener listo un sombrero de caña flecha, ella lo teje con paciencia y devoción. En sus piezas plasma diseños que observa en la naturaleza como el pescado, la mariposa y diferentes tipos de flores.

De sus ocho hermanos fue la única que se dedicó al oficio. Por su conocimiento y destreza la nombraron cacica del cabildo mayor indígena. A los cuarenta y siete años, Rosiris lidera siete comunidades de indígenas zenú. Visita y recopila información de las comunidades, organiza reuniones con los líderes, planea capacitaciones de comunicación y promueve talleres en Medellín y Cauca sobre la familia y los derechos de las mujeres. Para ser una gran líder decidió prepararse y estudiar. Hace poco tomó clases de lectura y escritura para adultos, y ahora dice con orgullo que ya sabe escribir su nombre y que, por fin, puede firmar documentos.

En su casa teje por ratos, pues la mayoría del tiempo la dedica a la comunidad. Ninguno de sus cuatro hijos (una mujer y tres hombres) quiso aprender el oficio y ella tampoco enseña cestería pues asegura que en El Pando es una tradición que todos ejercen. Todos los quince de agosto, en el Festival de la Trenza, la comunidad entera se reúne a tejer como una manera de honrar y preservar un saber ancestral.

Aunque Rosiris vive llena de trabajo, asegura que aún le falta cumplir su sueño más ambicioso: crear una microempresa basada en la sabiduría zenú que permita que sus artesanías, algún día, puedan conocerse en todo el mundo.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



2. TRADICIÓN MOKANÁ

Jesús Manuel Meza recuerda que un día tuvo que cortar y despulpar un totumo para tener un plato sopero y una cuchara que le permitieran saborear el famoso sancocho que hacía su padre. Tenía siete años y, desde ese momento, comenzó a observar cómo su padre trabaja el totumo en sus tiempos libres, cuando descansaba de la agricultura. Creció pensando que la artesanía era una entretención, hasta que unos talleres de innovación y diseño que tomó con Artesanías de Colombia le demostraron lo contrario.

En varios talleres aprendió a pulir los acabados del totumo, a quemarlo con un fuelle de joyería para darle un particular tono natural y a tallarlo con delicadeza. Así creó una línea de bisutería, una de accesorios para oficina y otra de piezas para mesa y cocina con la que demostró que se había tomado en serio el oficio. Luego ayudó a formar la Asociación de Artesanos de

Tubará, Atlántico, de la que hacen parte veinticinco artesanos que trabajan el totumo, la talla del bejuco y tejidos en palma de iraca que han empezado a incorporar en la decoración de fruteros y ensaladeras realizadas con totumo. Muy pronto la asociación tendrá un punto de venta en la mega plaza del municipio que está próxima a inaugurarse.

Por su parte, Jesús Manuel está montando un taller y una microempresa en el patio de su casa donde espera emplear a varios artesanos para que la producción crezca y pueda dar a conocer sus productos en varias zonas del país y en el exterior. Su meta es tener un flujo de exportaciones constante que le permita consolidar su trabajo y mantener viva la artesanía del totumo. Mientras tanto trabaja siete horas diarias con la ayuda de su hermano, la presencia de su hijo de seis años y las herramientas que siempre lo acompañan:

una fresa para tallar, un mototool y una caladora manual para conseguir cortes circulares y rectos.

Además, comenzó a desarrollar una línea de lámparas que aun no ha sacado al mercado y a estudiar de lleno la sabiduría de la etnia mokaná (que significa sin plumas), de donde vienen sus antepasados y la cual se asentó en varios municipios del Atlántico. Para dar a conocer la historia y las tradiciones de este grupo indígena empezó a tallar figuras antropomorfas en el totumo con las que espera preservar la sabiduría de su etnia.

En tiempos de luna llena y con la mente en calma hace pagamentos a la tierra, una antigua tradición mokaná para que las cosas salgan bien y la energía fluya a su favor. A los cuarenta y cinco años, Jesús le entrega todos los días su oficio al Dios Hu, sabe que, a su debido tiempo, él le dará todo lo que sueña.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

3. MÁSCARAS DE BARRO: EL OTRO YO

Las máscaras de barro han sido una tradición en Galapa, Atlántico. **José Francisco Llano** lo supo desde que era un niño y observaba, en el camino de su casa al colegio, a los artesanos del pueblo moldear con barro la cara de diferentes animales. A los siete años, movido por la curiosidad, buscó el barro que se formaba cuando había arroyos y comenzó a dejar que los dedos crearan una figura. A sus padres, que no venían de un linaje de artesanos, les anunció que quería ver para aprender. Sus ratos libres los pasaba observando las manos de artesanos expertos hasta que, a los doce años, hizo su primera máscara. Desde entonces, ha sido imparable.

A los setenta y tres años ha viajado por el mundo dando a conocer sus creaciones y enseñando su técnica. Sus coloridas máscaras han cautivado a compradores de Portugal, España, Cuba, Brasil, Panamá y Uruguay. Además, ha recibido la Medalla a la Maestría Artesanal, la Medalla Puerto de Oro de Colombia, el premio como Maestro del Arte Popular Colombiano y diecinueve congos de oro. Pero, sin duda, el reconocimiento más importante fue haber sido nombrado Rey Momo del Carnaval de Barranquilla en la edición del bicentenario (2013), un homenaje a su trabajo y a sus singulares máscaras y tocados.

José siempre trabaja con el corazón, ha sido la pasión la que lo ha movido todos estos años y le ha permitido hacer máscaras de carnaval inolvidables. El trabajo de cada pieza es largo y dispendioso. Tiene que formar bolas de barro de dos libras y luego, con la presión de los dedos,

descubrir la forma del animal. Cuando el molde está listo, desmolda con vaselina. Antes lo hacía con mantequilla, pero luego de unos meses las hormigas devoraban la máscara. El tiempo le enseñó a utilizar otros productos para hacer máscaras que parecen inmortales. Otro paso importante es pegar el papel maché con el almidón de la yuca. Con precisión José pone siete capas de papel rasgado que luego cose con alambre quemado. Después deja su creación dos días al sol, dice que ese es su horno, para finalmente lijar y pintar.

En el patio de su casa en Galapa tiene un amplio taller, que llamó Selva Africana, en donde trabaja con sus tres hijos todo el día en nuevas creaciones, pues asegura que, aunque hay que mantener la tradición, es clave estar innovando el oficio con nuevas técnicas y colores. Aunque José ha hecho las figuras tradicionales del carnaval de Barranquilla como el torito, el toro, la marimonda y el tigre, también lanzó una poderosa línea de máscaras de animales africanos como la cebra y el orangután. Sin embargo, aún le falta por cumplir un sueño: llenar el Carnaval de Barranquilla de máscaras de los personajes más emblemáticos de Walt Disney.

José asegura que no hay carnaval en el mundo que no tenga máscaras y que estas ayudan a los seres humanos a mostrar su otro yo. Por eso está feliz de haber cumplido su parte y de realizar un trabajo que lo ha convertido en un referente de este arte en el mundo entero. Un verdadero maestro de las máscaras.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



4. EL ARTE DE TALLAR A MANO

Rodrigo Alegría aun recuerda el olor del pino canadiense con el que su abuelo hacía mesas y sillas en Popayán. Ese olor dulzón y penetrante de la madera lo enamoró de la carpintería desde que era un niño. A los cinco años comenzó a observar a su abuelo, quien nunca quiso enseñarle el oficio, y a practicar con las herramientas cuando nadie lo veía. A los diez años era capaz de tallar diferentes objetos. A su padre nunca lo conoció, y su madre, una maestra cocinera, lo abandonó a él y a su hermano para irse al Quindío y formar otra familia. Rodrigo se crió en la finca de sus abuelos. Allá conoció la madera y supo que quería hacer muebles toda la vida.

Cuando terminó la primaria, empezó a estudiar para convertirse en maestro de escuela, pero al poco tiempo entendió que no era lo suyo y les confesó a sus abuelos que quería ser carpintero. Estudió talla y forja en el colegio San Juan Bosco de Popayán, luego trabajó en varios talleres y, a los dieciocho años, se independizó. Leyendo y estudiando libros antiguos sobre la talla de muebles y el manejo del cuero fue afianzando la técnica. Así supo cómo hacer muebles ingleses, los cuales sobresalen por el trabajo en el torno y los tonos tierra; muebles franceses de estilo Luis XIV y Luis XV que se caracterizan por las curvas y los tonos dorados, y muebles españoles que se distinguen por las tallas de origen árabe. Además, es un experto en la talla del cuero en espaldares, escaños y mesas, lo que le da un sello único a sus muebles.

A los sesenta y siete años Rodrigo dice que se

le mide a todo. De su taller, en donde trabaja solo pues asegura que se cansó de tener ayudantes que no profesan pasión por el oficio, salen bargeños, baúles, sillas, sofás, arcones, altares y figuras religiosas que realiza con maderas finas como el cedro, el nogal, el granadillo y el comino. Todo lo hace a mano, pues dice que así se trabaja más sabroso. No le gusta el ruido de las máquinas, el polvo que generan ni utilizar químicos en sus pinturas. Solo usa anilinas y una mezcla de cera de abejas y betún para darles brillo y un acabado duradero a sus piezas, las cuales construye con la ayuda de más de cien herramientas.

Rodrigo se levanta a las cinco de la mañana, les da de comer a las gallinas, los patos y los perros, y a las siete comienza a trabajar mientras oye boleros y música cubana. A las siete de la noche come algo, ve las noticias y regresa al taller hasta las diez de la noche. Aunque tiene una extensa jornada de trabajo él jamás se queja, asegura que vive enamorado de la ebanistería y que el oficio nunca lo aburre.

Con orgullo dice que, gracias a la belleza de sus piezas, lo eligieron para tallar dos sillas para la visita del papa Juan Pablo II al país, y que constantemente lo buscan clientes de Cali y Bogotá para encargarle algún mueble. En 2014 ganó la Medalla a la Maestría Artesanal y ahora quiere escribir un libro en el que pueda dejar un registro de su vida y su amplio conocimiento sobre una labor que exige paciencia y determinación. Un tesoro sobre el arte de tallar la madera.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

5.

UNA VIDA BORDADA

Rosa de Cifuentes se enamoró del tejido en el colegio, cuando a los nueve años las monjas le enseñaron a bordar con hilo sus primeras carpetas y manteles. Aunque viene de una familia de agricultores y solo estudió hasta quinto de primaria, siempre supo que lo suyo era el tejido. A los veinte años comenzó a tomar cursos de matemáticas y ortografía, y también se lanzó a estudiar modistería. Rosa aprendió a manejar la máquina de coser y hacer vestidos para niños. Pero a los veinticinco años, cuando se fundó el Taller Escuela Artesanal de Fonquetá, decidió que quería enfocar toda su energía en el bordado.

El taller llegó a tener más de cien artesanas del municipio de Fonquetá, en Chía, quienes se reunían dos veces a la semana para dividirse los trabajos y recibir capacitaciones de telar, cuero, modistería y bordado. Entre todas se dedicaron a trabajar el tradicional bordado de lana sobre paño con el que realizaron cojines, tapices, catres, tarjeteros, carpetas, sillas y bolsos. Los bordados se inspiraban en su entorno: montañas, lagos, ovejas, cercas, árboles, flores, ranas y casas. Sus piezas adquirieron tanta fama que llegaron a Inglaterra, España, Grecia y Japón.

Para Rosa fue una época dorada en la que todas podían bordar mientras cuidaban a sus hijos. Además, no paraban de trabajar, cada semana recibían nuevos pedidos y se sentían felices en

una comunidad femenina llena de complicidad y afecto. Pero con el auge de los invernaderos de flores en Chía muchas optaron por cambiar de oficio. Hoy, después del fallecimiento de varios de sus miembros, solo quedan veinte tejedoras que luchan por mantener viva la tradición. Rosa dice que se reúnen cada quince días y que solo trabajan por encargo. Atrás quedaron los tiempos en los que se sentaba ocho horas seguidas a bordar. Ahora, con setenta y ocho años, solo lo hace en los tiempos libres.

Sin embargo, su sueño es sostener la tradición, por eso en el taller siguen dando cursos de bordado y tejido. También continúan abriendo el pequeño almacén que tienen en Fonquetá todos los domingos y festivos. Para ella, lo único que se necesita es tener disposición, una buena dosis de paciencia y mostrar las ganas de entregarse al tejido. Manejar con destreza las tijeras, el metro, la aguja, la lana y el hilo llega con la práctica y el tiempo.

Este año recibieron el sello de calidad "hecho a mano", otorgado a productos artesanales elaborados a mano que exaltan su cultura e identidad, lo que les dio un empujón para seguir adelante. Para Rosa el oficio hace parte de su rutina, por eso, sin falta, teje un poquito todos los días. Bordar es una terapia, la mejor manera de honrar un saber ancestral.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



6. MAESTRA DEL TEJIDO

Luz María Rodríguez se acercó al tejido gracias a una tarea que le pusieron en el colegio. Tenía siete años y debía llevar alguna costura para enseñarles a sus compañeros de clase. Para cumplir con el compromiso, su mamá, quien conocía el tejido en dos agujas, le enseñó cómo manejar la aguja de croché para hacer ruanas y vestidos de lana para las muñecas. A los doce años tuvo que dejar el colegio y dedicarse a la tejeduría para ayudar a su familia. Luz María tejía gorros, patines, sacos y cobijas para bebés que su mamá se encargaba de vender en Sutatausa y en veredas vecinas. Sus tejidos adquirieron tanta fama, que a los quince años la contactó el Proyecto Checua, liderado por la CAR para rescatar el uso de fibras y tintes naturales.

Durante tres años Luz María les transmitió lo que sabía a cuarenta señoras de diferentes municipios de Cundinamarca. Pero también pudo aprender nuevas técnicas al lado de tejedoras experimentadas que le ayudaron a pulir sus tejidos. Luego realizó con el Sena varios talleres de gastronomía para montar un catering para eventos, pero al poco tiempo se dio cuenta de que no era su camino. Recordó que la tejeduría hacía parte de su herencia. Su abuelo tejía los tradicionales chumbes que se utilizan para coger las faldas de las señoras y su mamá también dominaba el oficio.

Por fin había llegado su momento de comprometerse con la tradición.

Decidió rescatar el viejo telar de su abuelo y consagrarse al oficio. Hizo un técnico de productos artesanales en el Sena y montó Tejidos Luz María, una pequeña empresa que les ha dado una oportunidad digna de trabajo a varias artesanas del municipio. En ferias y en redes sociales se ha encargado de comercializar sus sacos, busos, ruanas, bufandas, guantes y babuchas, así como su línea de bolsos tejidos con cuero y sus famosos animales de lana. Sus ovejas, perros, gatos, ranas, hormigas y pájaros tejidos son un éxito en las ferias.

Luz María también saca tiempo para tejer con otras treinta mujeres una vez a la semana. De ocho de la mañana a seis de la tarde tejen en grupo, comparten conocimientos y aprenden nuevas técnicas. Es un espacio sagrado en donde muchas mujeres comienzan a tomar en serio el oficio.

A los cuarenta y cuatro años, Luz María asegura que le ha enseñado a tejer a más de dos mil mujeres, por lo que se ha convertido en una verdadera maestra del tejido en la región. Pero además está dispuesta a poner a Sutatausa en el mapa de los municipios tejedores de Colombia. El primer paso lo dio con la creación de Tejilarte, un festival artesanal en donde los tejedores del pueblo muestran todo su talento para seducir a los amantes de la lana.

7. EL SOMBRERO Y LA IRACA



A los setenta y un años, **Celvina Ramírez** asegura que su gran pasión siempre ha sido el tejido en palma de iraca. Lo fue también para sus abuelos y sus padres, quienes le enseñaron la técnica y los secretos del tradicional sombrero de iraca. A los siete años comenzó a tejer al lado de su madre y sus tías, y supo cómo separar las fibras gruesas de las delgadas y las más blancas de las que tienen un tono más amarillo. Así aprendió a hacer de cada sombrero una pieza única y de calidad.

Su madre le indicó como cortar los cogollos y la manera de remojar la fibra en agua, ya que solamente estando húmeda la iraca se puede manipular. En el colegio, donde estudió hasta cuarto de primaria, aprendió a tejer carpetas y ropa con aguja de crochet y a manejar la lana, pero no le gustó y decidió que su mundo era la iraca. A los dieciséis años se casó y empezó a tejer para ayudar en la casa. Su primer sombrero lo vendió por veinte centavos. Fue tanta su alegría que, desde entonces, no ha parado. Aunque puede tardar hasta tres meses haciendo un sombrero grande y un mes tejiendo uno pequeño (que hoy cuestan entre \$250.000 y \$1.300.000 dependiendo la calidad de la fibra), Celvina no conoce el afán. Sabe que parte del éxito consiste en tener paciencia y dedicación.

Para que el sombrero sea resistente corta los cogollos de iraca cuando la luna está creciente. Dice que si se corta cuando hay sol la fibra sale amarilla, y que si se hace en tiempos de lluvia la iraca puede oscurecerse. Pero si se corta por la mañana, en la fase lunar correcta, la fibra toma el tradicional color leche que ha hecho famoso al sombrero.

A los treinta años y con nueve hijos pequeños quedó viuda. En una riña mataron a su esposo y ella tuvo que hacerse cargo del hogar. Tejiendo sombreros de iraca logró sacar a su familia adelante. Aunque les enseñó a sus hijas el oficio, Celvina continúa trabajando sin parar. Se levanta todos los días a las cinco de la mañana, teje varias horas, organiza su casa en Acevedo, Huila, y se acuesta a la medianoche. En su casa tiene un pequeño almacén y los fines de semana visita diferentes pueblos del Huila para vender sus piezas. Ahora está enfocada en tener una gran producción para las fiestas de San Pedro, donde todos quieren lucir el elegante sombrero.

Gracias al apoyo de la alcaldía y la gobernación del departamento, ha visitado ferias en todo el país en donde ha dado a conocer la bella tradición del sombrero de palma de iraca. Sin embargo, Celvina no tiene sombrero propio. Cada vez que teje uno para ella, termina vendiéndolo. Pero eso no la aflige, para ella no hay mejor regalo que sus creaciones reposen sobre las cabezas de miles de colombianos.

8. CON LAS MANOS EN EL BARRO

Celina Granados pertenece a la cuarta generación de mujeres de su familia que se ha dedicado a trabajar el barro. Es la menor de siete hermanos y asegura que todo lo que sabe lo aprendió observando a su madre. Preguntando y amasando el barro hizo sus primeros tiestos y jarras cuando era una niña. Luego pasó al oficio del tejido, otro arte que le transmitió su madre. En un telar horizontal aprendió a hilar la lana para tejer ruanas, cobijas y paños para chaquetas. Celina soñaba con ser una gran modista. Aunque solo estudió hasta cuarto de primaria, cuando cumplió treinta años siguió su instinto y se inscribió en talleres de modistería y sastrería en el Sena. Durante un tiempo vivió de vender vestidos y pantalones, pero cuando murió su madre, hace diecisiete años, decidió honrarla retomando el arte del barro.

A los setenta y un años vive sola en el municipio de Cácosta, Norte de Santander. Celina cuenta que el barro, que consigue en una vereda cercana, lo almacena durante ocho días en una vasija con agua. Cuando está blando lo pone sobre un cuero de res para poder amasarlo con un palo que debe manipular con la fuerza de los brazos. Hacerlo es una tarea que exige potencia y concentración, ya que de ese paso depende la calidad de cada pieza. Luego mezcla el barro con una arena molida que le da textura y consistencia a la materia pri-

ma. Cuando todo está listo comienza a crear, únicamente con la maestría de las manos, tiestos, ollas, vasijas, recipientes, cazuelas, tazas y jarras que deja secar durante cuatro días con la ayuda del sol y del viento.

Después comienza el proceso de la quema. En una fogata a campo abierto, que hace con estiércol de res, leña y paja, pone las piezas. En cuatro horas el fuego pinta cada objeto de un color rojo natural. Mientras trabaja Celina repite alguna de las doscientas coplas que hizo su madre y que ella, desde pequeña, empezó a escribir para dejar un registro de la sabiduría de su linaje. A veces las recita y otras, cuando está más contenta, canta versos como estos: "triste estoy porque nací y alegre porque me muero. Porque me ha llegado carta que me voy derecho al cielo".

Celina es conocida en la zona. Cada vez que alguien quiere una de sus piezas tiene que tocar a su puerta o esperar a las ferias anuales de Cácosta, cuando exhibe todos los productos en el parque del pueblo. Dice que ya no tiene fuerzas para ir a ferias en otras ciudades y que, como ninguno de sus cinco hijos siguió con el oficio, su única petición es terminar sus días sintiendo el barro entre las manos.



9. EL TEJIDO EN EL ADN

Sara Vera asegura que nació para tejer. A los siete años decidió que ese era su destino cuando acompañó a su mamá a visitar a Margarita Rojas, una amiga que vivía en una vereda cercana al municipio de Cerrito, Santander. Aunque su mamá sabía tejer en telar vertical, cuando vio a Margarita dominar dos agujas mientras hacía unos patines de bebé, sintió unas ganas inmensas de aprender. Con emoción le pidió a su mamá que le preguntara a Margarita si estaba dispuesta a enseñarle. Ante la insistencia de la niña, no pudo negarse. Todas las tardes Sara caminaba un kilómetro hasta llegar a la casa de Margarita. Observando y preguntando fue aprendiendo el oficio, supo cómo manipular las agujas e hilar la lana. Aprendió rápido, pues a los dos meses ya tejía saquitos y zapatos de bebé.

A los doce años su familia dejó Cerrito y se trasladó a Chipatá. Su mamá había vendido el telar que tenían en la casa, pero Sara no estaba dispuesta a dejar de tejer. En el pueblo encontró a una señora que tenía un telar vertical y le pidió que le enseñara a cambio de trabajo. Durante tres meses tuvo que pagarle doscientos pesos diarios, para que la dejara tejer. Sara era tan ágil que, en un solo día, podía tejer una cobija. Cuando cumplió dieciocho años, su hermana mayor, consciente de su talento, decidió que había llegado el momento de comprarle su

propio telar. Así pudo independizarse y empezar un negocio. En el día tejía cobijas y ruanas, y en la noche, bajo la luz de un fogón de leña y una lámpara de queroseno, hilaba la lana durante horas.

A los veinticinco años tuvo a su primera hija y decidió que lo más importante era el estudio. Ella solo había podido estudiar hasta quinto de primaria y quería que su hija fuera una profesional. Le dijo a su esposo que lo mejor era dejar Chipatá y establecerse en Pamplona, una ciudad más grande donde encontraría un mercado más amplio para sus productos. No se equivocó, a los pocos meses la empezaron a buscar y comenzó a recibir pedidos de pueblos vecinos. En revistas y almacenes Sara observaba prendas de lana con diseños más modernos que la inspiraron a innovar sus creaciones. Aunque ahora tiene tres ayudantes que hilan la lana y una señora que teje con ella, Sara no para de trabajar.

Además, hace seis años entró a Asomerced, una asociación creada en el municipio de Mutiscua, Norte de Santander, con veintisiete tejedoras que buscan promocionar su trabajo. A los sesenta años dice haber cumplido todos sus objetivos. Logró que sus dos hijas fueran profesionales –una es psicóloga y otra lingüista– y ahora solo quiere que Dios le dé otros veinte años de vida para seguir haciendo lo que más le gusta.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



10. DE BELLEZA Y FLEXIBILIDAD



La guadua ha hecho parte de la vida de **Duberley Galeano** desde que tiene memoria. Aunque sus padres fueron agricultores utilizaron la guadua para construir su casa con bareque y tapia pisada. Con la fibra también hicieron los corrales para las gallinas y el ganado, y los beneficiaderos para colar el café. Duberley quería ser técnico de aviación, pero un programa de la gobernación del Quindío, llamado Bambú Guadua, lo hizo cambiar de opinión. Luego de recibir capacitaciones en el Sena para trabajar la guadua desde la artesanía, decidió que ese era su camino. Lo enamoró la flexibilidad y belleza de la planta, y se lanzó a construir un sueño que le permitiera enaltecer el conocimiento de sus antepasados.

En Salento, Quindío, tiene un taller a tan solo veinte metros de su casa, donde trabaja de siete de la mañana a ocho de la noche. La pasión es su guía y por eso, aunque el proceso es largo y complejo, asegura que nunca se cansa. Duberley explica que el primero paso es cortar la guadua unos centímetros arriba de la raíz, un delicado corte que debe hacerse en las mañanas antes de que salga el sol y cuando en el cielo hay luna menguante, lo que garantiza que la fibra se inmunice de manera natural y los productos sean fuertes y duraderos.

Luego debe dejarse entre veinte días y un mes en el gradual para después secar la guadua durante seis meses a la sombra. El paso siguiente es hacer el despiece con un machete, raspar la fibra para hacer una limpieza exterior, pintar con tintes de tonos miel a base de agua que permitan resaltar la textura de la fibra, sellar con laca y armar las piezas. Para darle un aspecto más moderno a sus creaciones utiliza vidrio y acero inoxidable en los herrajes.

Con esta técnica Duberley se ha hecho famoso en el eje cafetero. Sus lámparas, contenedores, revisteros, floreros, botelleros e incensarios son reconocidos en la zona. En su taller, que comparte con otros cinco artesanos, trabaja con su esposa, su hija de veinte años y su hijo de diez. A su empresa, que solo maneja cinco líneas de diseño, la bautizó Tocora, que antiguamente era el utensilio de guadua donde se hacían medicamentos para la sanación. Para Duberley, el nombre alude a la transformación de la guadua, que es la tarea en la que él se sumerge todos los días. Además, está construyendo una cabaña con la que espera mostrar las infinitas posibilidades de esta planta en la construcción.

A los cuarenta años, quiere consolidar el mercado nacional y llevar sus productos a ferias internacionales donde pueda dar a conocer su particular técnica. Gracias a la guadua Duberley ha recorrido Colombia y ha capacitado a artesanos que se han conectado con la energía de la planta. Pero para él, esto es solo el comienzo de un sueño que sigue creciendo.

ARTÍFICES No. 10

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Frías Martínez

Jefe de la oficina asesora de Planeación en información

María Mercedes Sánchez Gil

Gestión del conocimiento

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Comité editorial

Leila Marcela Molina

Camilo Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía objetos

Iván Ortiz, Fabián Parra y Gustavo Chávez

Preprensa

Julio Sánchez Guillén

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Calle 2 No.18 A-58

www.artesantiasdecolombia.com.co

Printed in Colombia

Catalogación en la Publicación Artesanías de Colombia

Artífices 10 /

Artesanías de Colombia. - Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . --

No. 1 (2014)-No. 10 (2018).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5-dc23

JMCH/CENDAR

